

FUENTES POETICAS.

I

De querubín ardiente son tus alas,
¡Sublime inspiración! Ven á mi acento:
Con fiebre de ambición laten mis venas:
Rompa tronando mi clamor el viento,
Cual desborda sus ondas el torrente
Que ya no cupo en el estrecho cauce;
Como rasgando el rayo prepotente
La tenebrosa nube en que revienta,
Arde la selva, avívase la llama,
Y al cruzar en su carro la tormenta,
El incendio crujendo se derrama.

Ya te siento venir; bañó mi frente
Vívido el rayo de tu luz divina,
Y es menos puro el apacible brillo
Con que tiembla la estrella vespertina.

Mi alma atrevida con delirio busca
Tu indeficiente luz, ¡astro de gloria!
Obedece y resuena, lira mía;
Palpita de placer bajo mi mano;
Como se agita de la hermosa el seno
Cuando el amante audaz besa su frente;
Y así nadando el alma en un ambiente
De ilusión, de placer y de armonía,
Mi soplo vagará sobre la tierra
Empapado en tus himnos, patria mía.

¡Ardiente juventud! Tú que levantas
A las regiones del espacio el vuelo,
Y que sientes rodar bajo tus plantas
Mezquino y reducido nuestro suelo;
Tú que audaz, como el águila salvaje,
Buscas al sol con ávida pupila,

Y perdida en su luz deslumbradora
 Desplegas los tesoros de tu canto:
 Hijos de inspiraciones y de encanto
 Que os entregáis de la ilusión al sueño
 En brazos de la dulce poesía,
 Cantad, cantad; vuestro solemne acento
 Discurra con las áuras perfumadas,
 Y gire en vibraciones delicadas
 Al tenue suspirar del manso viento.

¡Oh mi patria, magnífico es tu cielo,
 Rica vegetación se alza gigante
 Bajo las orlas de tu regio manto!
 Eres la Hija de Dios, la virgen bella:
 Tuviste como lámpara en la cuna
 Del Septentrión la refulgente estrella:
 El sol te idolatró, linda doncella:
 Fué tu púdico velo

Su manto augusto recamado de oro;
 Les das tu aliento á tus eternas flores,
 Besan tus pies las ondas de tus mares,
 Te dan las aves mágicos cantares,
 Los torrentes entonan tus loores.

¡Oh mi patria! Felice quien ha visto
 De tus volcanes en la eterna nieve
 Reverberar tu sol muy más felice
 Quien en medio la dicha ó desventura
 Y en tu seno ó allende el Océano,
 Puede exclamar con llanto de ternura,
 Tendiendo franca al Septentrión la mano:

«Mi patria, vedla allí; soy mexicano.»
 Cantad, vates, cantad: ¿cómo en la patria
 En que muestra sin velo el firmamento
 Los mundos mil que en sus entrañas arden,
 La voz ha de callar del sentimiento?

¿Cómo mudas é inertes las pasiones
 Donde aspira el mortal vida de fuego,
 Donde suspira lánguido el ambiente,
 Donde ceden las plantas amorosas
 Al sensual beso de la clara fuente,
 Donde de un mundo que expiró, la tumba
 Envuelven con su lava los volcanes,
 Donde el rayo terrífico retumba
 Y en la nube en que rápido resbala,
 La Omnipotencia del Señor escribe
 Y su tránsito fúlgido señala?

Veces mil, solitario el pensamiento
 Desplegó el ala en la tiniebla fría
 Do alumbra reverente el firmamento
 La augusta faz del Hacedor del día.
 Cayó en el caos el divino aliento
 Y desplegó su manto lo infinito,
 Y Dios dijo: Vivid, y las miradas
 De mil mundos sublimes se encendieron;
 Y al chocar los torrentes de luz viva
 En tu trono magnífico, Dios mío,
 Dispersáronse hermosas las estrellas,
 Como arroja al rodar la catarata
 Diáfanas gotas de luciente plata.

Yo miro al firmamento con ternura,
 Promesa al alma de felice suerte,
 Puerto de amor que espléndido fulgura
 Más allá de los mares de la muerte.
 Vedlo, vates; cantad. Ese lenguaje
 De ardierte sentimiento y de armonía,
 Es un lenguaje de himnos de alabanza,
 Es de la fe dulcísima el idioma,
 De la alma luz, de la ternura aroma.

Mas si robusto el atrevido acento
 De vuestra lira enérgico se arranca;
 Si entre pasiones alteradas brota,
 Como ola furibunda que se azota
 Entre las rocas de la mar crugiendo,
 Alzad entonces el cantar tremendo.

¡Oid! El trueno súbito revienta;
 El rayo aterrador ruge iracundo,
 Y rápida se extiende la tormenta.
 Su vista de relámpago recorre
 El universo sumergido en duelo,
 Y en la tiniebla trémula los mares
 Huérfanos gimen al bramár el cielo.....
 Heridas por las ráfagas del viento,
 Negras las ondas de la mar saltaron;
 Remedando alaridos de tormento,
 En las rocas sus fuentes quebrantaron.

Del viento crece el incansable empuje,
 Y en las revueltas nubes relumbrando,
 La tempestad solemne se pasea
 Himnos al Dios de Sabaot cantando.

Unid los vuestros, ¡jóvenes! Las almas
 Que comprenden la voz de la tormenta,

Que oyen en el rugir del torbellino
 Cánticos puros al Señor Divino,
 Que conservan sublime simpatía
 Con la luz, con los vientos, con los mares,
 Y que al pasar la tempestad sombría,
 Cual la gaviota entonan sus cantares.....
 Esas las almas son dignos altares
 Al culto de la noble poesía.

También podéis como sincero espejo
 Pedir á la natura sus colores
 Y vuestros ecos perfumar sentidos
 Con el aliento dulce de las flores.

Ved moribundo al sol: sobre su tumba
 Tímido luce el astro vespertino,
 Y en la faz del crepúsculo medrosa
 Expira tenue su fulgor divino.

Celajes mil de fúlgida escarlata
 Le forman ondeantes pabellones,
 Que leves, cual fugaces ilusiones,
 Van á morir en las lejanas nubes
 Que el astro de la noche ha matizado
 Con brillo hermoso de bruñida plata.

En lo profundo mírase el zafiro
 Tachonado de espléndidas estrellas:
 En el valle murmura la corriente,
 Y al vibrar, va perdiendo sus cristales
 La postrimera luz del sol poniente.
 En la nieve de la áspera montaña
 Aun brilla el día; y por el éter puro
 El humo que se alzó de la cabaña
 Solitario se eleva por los aires.....

El crepúsculo escuche los loores,
 Y el cántico feliz girará blando
 Con el aura que muere susurrando,
 Ebria con el perfume de las flores.

Cantad, así que en la enramada obscura
 Y en la copa del sauce que reclina
 Su faz en la corriente cristalina,
 El zenzontle despliegue sus acentos.....
 La faz del ástro que en el monte expira,
 Las flores entregadas al desmayo,
 La fugace luciérnaga que gira,
 El són lejano del modesto río,
 De la luna naciente el dulce rayo
 Al través visto de árboles pomposos,

Y los campos y el blanco caserío;
 Todo os inspirará: vuestros acentos
 Serán eternos, como lo es el cuadro
 Que produjo los tiernos sentimientos.

Si de la lira el áspero concierto
 Busca la soledad y la grandeza,
 Tu elevas á los cielos tu cabeza,
 Y eres grande, y magnífico, desierto.

Virgen tu seno, regio tu ropaje
 De inmortal y aromática verdura,
 Sólo al sol que comprende tu hermosura
 Muestras sin velo tu beldad salvaje.
 De sociedad hipócrita las leyes
 No profanaron tu arrogante seno:
 Sólo obedeces á la voz de trueno
 Del que es Señor de pueblos y de reyes.
 Cantadle ufanos, jóvenes ardientes:
 Son sus bardos también los huracanes;
 Alumbran sus festines los volcanes,
 Celebran sus amores los torrentes.
 Allí al salvaje mírase altanero
 En los montes prendiendo sus lumbreras
 Y mezclando su cántico guerrero
 Al rugido estruendoso de las fieras.

Su dosel de magnífica esmeralda
 Le da de los encinos el ramaje,
 En que otros tiempos se meció su cuna:
 Las aves, sus penachos y ropaje;
 Y del sol, de las aguas y las flores
 Forma astuto su mágico lenguaje.

Explotad esa mina, mexicanos:
 En ella aprenderéis á amar al hombre
 Y á odiar con entusiasmo á los tiranos.
 Dulce ilusión de amor, del alma aliento,
 Su inefable delicia en la ventura,
 Su acíbar y su infierno en el tormento,
 Aquí hallarás la angélica hermosura
 De tez morena y de mirar de fuego,
 Y beberás torrentes de ternura
 En el brillar de sus divinos ojos.
 ¡Felice tiempo en que irritada hervía
 La pasión de mi amor en mis entrañas,
 Y al suspirar la lira resonante,
 De amor perdido, de entusiasmo ciego,
 Amaba y en amar me complacía,

Porque era inmensa y generosa el alma
 ¡Y un mundo de ilusión reproducía!
 Rugosa y abatida está mi frente:
 La zanjaron frenéticas pasiones,
 Cual carcome la roca de la playa
 El azotar de turbulentas olas.
 Ya en medio de los mágicos festines,
 Al verterse profusos los licores,
 Deidades con sus frentes de jazmines,
 Deidades con sus ojos brilladores,
 Mezclaban á mis cánticos de amores
 Sus voces de encantados serafines.
 Y tu nombre aclamaba, esposa mía,
 Y el alma en mis entrañas palpitaba:
 Cada ardiente suspiro que exhalaba
 Era un eco de angélica armonía.
 Y en ese tiempo, solazando el alma
 A la margen de un lago cristalino,
 Ví de las aguas que turbó la calma
 Un vapor que ligero se mecía,
 Y blanco cual las alas del querube,
 Sobre la superficie resbalaba:
 Su belleza mi vista seducía.....
 Era una blanca y hechicera nube,
 Yo la creía el cisne de los lagos.....
 Tendí la mano á detener su curso,
 Y vistiendo del iris los colores,
 Sobre mi frente dirigió su vuelo:
 Ya la cauda blanquísima plegaba
 Quedando como cándida paloma,
 Ya su manto magnífico extendía,
 La orla bordando de carmín y de oro;
 Ya fugaz en los aires se mecía,
 Ya en las olas del lago se posaba;
 Con amor su carrera proseguía,
 Y ya al tocarla, al envolver mi frente,
 Galana, hermosa, en el azul del cielo
 Como faja de plata rielando,
 Fuése á otros mundos á prestar su encanto,
 Dejando á mi alma soledad y llanto.
 ¡Y esa engañosa nube fué la gloria!
 Yo sentía la fe de conquistarla,
 Mi alma de rey y de águila el esfuerzo:
 Quería se posase en mi cabeza,
 Aunque al tocarla produjera el rayo.

¡Ay! que la tumba tragará mi nombre,
 Y domiré con él en su tiniebla!!!
 Como el ave altanera que en las redes
 Mira los campos y el sereno cielo,
 Y siente fuerza de emprender el vuelo,
 Y al volar la contienen sus cadenas,
 ¡Así yo gimo entre horrorosas penas!
 Águila envejecida en la alta cumbre
 Rastrera buscaré del sol la lumbre
 Y me aislaré en las rocas dolorido.
 Humilde lira mía,
 Mi hermana en la orfandad, mi sólo encanto
 En mis amargas horas de martirio,
 De gloria me animaste en el delirio;
 Tus cuerdas se laxaron con mi llanto:
 Convoca á los amigos de mi infancia,
 A los hijos del canto y la ternura,
 A esos á quienes amo como hermanos,
 Cuya espléndida gloria es mi ventura.
 Tomen lugar entre los hijos míos
 Que viven con la sangre de mis venas,
 Cuando mi última luz triste reluzca.
 Id, desplegad vuestros sublimes cantos,
 No me toquéis, me encontraréis dormido;
 Mas llevaré un recuerdo de consuelo,
 Recuerdo el más querido,
 Que aliviará tal vez mi fatal suerte,
 Al recorrer los mares de la muerte
 Envuelto en la tiniebla del olvido.

AL MAR.

Te siento en mí: cuando tu voz potente
 Saludó retronando en lontananza,
 Se renovó mi ser; alcé mi frente
 Nunca abatida por el hado impío,
 Y vibrante brotó del pecho mío
 Un cántico de amor y de alabanza.
 ¿Te encadenó el Señor en estas playas
 Cuando, Satán del mundo,
 Temerario plagiando al infinito,
 Le quisiste anegar, y en lo profundo
 Gimes ¡oh mar! en sempiterno grito?
 Tú también te retuerces cual remedo
 De la eterna agonía;
 También, como al ser mío,
 La soledad te cerca y el vacío;
 Y siempre en inquietud y en amargura,
 Te acaricia la luz del claro día,
 Te ven los astros de la noche oscura.
 A mí te ví venir, como en locura,
 Desparcido el cabello de tus ondas
 De espuma en el vaivén, como cercada
 De invisibles espíritus, llegando
 De abismos ignorados y clamando
 En acentos humanos que morían
 Y el grito y el sollozo confundían.
 A mí te ví venir ¡oh mar divino!
 Y supe contener tanta grandeza,
 Como tiembla la gota de la lluvia
 En la hoja leve del robusto encino!
 Eres sublime ¡oh mar! Los horizontes
 Recogiendo las alas fatigadas,
 Se prosternan á tí desde los montes.
 Prendida de tus hombros la luz bella
 Forma los pliegues de tu manto inmenso.
 Entre la blanca bruma

Se perciben los tumbos de tus ondas,
 Cual de hermosa en el seno palpitante
 Los encajes levísimos de espuma.
 Si te agitas, arrojas de tu seno
 En explosión tremenda las montañas,
 Y es un remedo de la brisa el trueno,
 Terrible mar, si gimen tus entrañas.
 ¿Quién te describe ¡oh mar! cuando bravía,
 Como mujer celosa,
 En medio de tu marcha procelosa
 El escollo tus iras desafía?
 Vas, te encrespas, le ciñes con porfía,
 Retrocedes rugiente,
 Y del tenaz luchar desesperada,
 Te precipitas en su negro seno
 Despedazando tu altanera frente.
 En tanto, el viento horrible,
 Arrastrando al relámpago y al rayo,
 Cimbra el espacio, rasga el negro velo
 De la tiniebla, se prosterna el mundo
 Y un siniestro contento se percibe
 ¡Oh mar! en lo profundo,
 Cual si con esa pompa celebraras,
 Entre el eterno duelo,
 Tus nupcias con el cielo!
 Cansada de fatiga, cual si el aura
 Tierna te prodigara sus caricias,
 A su encanto dulcísimo te entregas,
 Calmas tu euojo, viertes tus sonrisas
 Y como niña con las olas juegas
 Cuando te dan su música las brisas.
 Tú eres un ser de vida y de pasiones:
 Escuchas, amas, te enloqueces, lloras,
 Nos sobrecoges de terrible espanto,
 Embriagas de grandeza y enamoras.
 Cuando por vez primera ¡oh mar sublime!
 Me ví junto de tí, como tocando
 El borde del magnífico infinito,
 Dios, clamó el labio en entusiasta grito:
 Dios, repitió tu inquieta lontananza:
 Y Dios, me pareció que proclamaban
 Las ondas repitiendo mi alabanza.
 Entonces ¡ay! la juventud hervía
 En mi temprano corazón; la suerte,
 Cual guirnalda de luz, embellecía

La frente horrible de la misma muerte.
 Y grande, grande el corazón, y abierto
 Al amor, á la patria y á la gloria,
 Émulo me sentí de tu grandeza
 Y mi orgullo me daba la victoria.
 Entonces, el celaje que cruzaba
 Por el espacio con sus alas de oro,
 De la patria me hablaba.
 Entonces ¡ay! en la ola que moría
 Reclinada en la arena sollozando,
 Recordaba el mirar de mi María,
 Sus lindos ojos y su acento blando.
 Si una huérfana rama atravesaba
 Juguete de las ondas, cual yo errante,
 Lejos de su pensil y de su fuente,
 La saludaba con mi voz amante,
 La consolaba de la patria ausente.
 Si el pájaro perdido iba siguiendo
 Rendido de fatiga, mi navío,
 ¡Cuánto sufrir, Dios mío!
 Su ala se plega, aléjase la nave,
 Y se esfuerza, y se abate, y desfallece,
 Y convulso, arrastrándose en las ondas,
 El hijo de los bosques desaparece.
 En tanto, tus inmensas soledades
 La gaviota recorre, desafiando
 Las fieras tempestades.
 Entonces, en la popa, dominando
 La inmensa soledad, me parecía
 Que una voz á lo lejos me llamaba
 Y acentos misteriosos me decía:
 Y yo le preguntaba:
 ¿Quién eres tú? ¿De la creación olvido
 Te quedaste sus formas esperando
 Engendro indescifrable, en agonía
 Entre el ser y no ser siempre luchando?
 ¿Al desunirse de la tierra el cielo
 En tus entrañas refugiaste el caos?
 ¿Oh, mágica creación, rebelde un día,
 Provocaste á tu Dios; se alzó tremendo;
 Sobre tu frente derramó la nada,
 Y te dejó gimiendo
 A tu muro de arena encadenada?
 ¿O, promesa de bien, en tus cristales
 Los átomos conservas que algún día,

Cuando la tierra muera,
 Produzcan con encantos celestiales
 Otra luz, otros seres, otro mundo,
 Y entonces nuestro suelo
 A tus plantas, se llame mar profundo
 En que retrate su grandeza el cielo?
 Hoy llegué junto á tí como otro tiempo
 Siguiendo ¡oh Libertad! tu blanca estela;
 Hoy llegué junto á tí cuando se hundía
 En abismos de horror y de anarquía
 La linfa de cristal de mi esperanza;
 Y hoy, como en otro tiempo, la voz mía
 En himno se tornó de tu alabanza;
 Porque eres un poema de grandeza,
 Porque en tí el huracán sus notas vierte,
 Luz y vida coronan tu cabeza,
 Tienes por pedestal tiniebla y muerte.
 Nadie muere en la tierra; allí se duerme
 De tierna madre en el amante pecho:
 Velan cipreses nuestro sueño triste,
 Y riegan flores nuestro triste lecho.
 Solitaria una cruz dice al viajero
 Que pague su tributo
 De lágrimas y luto,
 En el extenso llano y el sendero.
 En tí se muere ¡oh mar! Ni la ceniza
 Le das al viento: en ola que sepulta
 La rica pompa de poblada nave,
 Nada conserva las mortales huellas,
 Se pierden..... y en tu seno indiferente
 Nace la aurora y brillan las estrellas.
 A tí me entrego ¡oh mar! roto navío,
 Destrozado en las recias tempestades,
 Sin rumbo, sin timón, siempre anhelante
 Por el seguro puerto,
 Encerrando en mi pecho dolorido
 Las tumbas y el desierto.....
 Pero humillado no: y en mi fiereza
 A tí tendiendo las convulsas manos,
 Sintiendo en tí de mi alma la grandeza
 Y ahogando mi tormento,
 Le pido á Dios la paz de mis hermanos;
 Y renuevo mi augusto juramento
 De odiar á la traición y á los tiranos.